

# LA CULTURA EN NUESTRA EDUCACION

Dr. Ignacio González Ginouvés

De la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales

Chile entero se conmueve, año a año, ante las informaciones de prensa sobre los resultados de ese "concurso nacional de los mejores", que es el proceso de selección para el ingreso a la Universidad: la más deseada opción que nuestro sistema educativo ofrece al joven inteligente y capaz que desea asegurar su porvenir.

A lo largo del año, ciento cincuenta mil hogares chilenos viven la angustia de este momento y no escatiman esfuerzos ni medios para mejorar la suerte de sus hijos ante el evento: sobre ciento veinte mil estudiantes que son, mal que mal, una selección de la selección; porque no otra cosa es, en Chile, terminar satisfactoriamente los doce años de estudio formal, básico y medio, con calificaciones suficientes para optar a las treinta mil y pico vacantes o plazas que ofrecen las Universidades existentes. Logrará ingresar, en consecuencia, sólo uno de cada cuatro postulantes y de éstos, sólo un par de cada diez lo hará al estudio o escuela de sus deseos. Lo cual significa que la enorme mayoría deberá contentarse con estudiar, le guste o no, en las escuelas en donde se le ofrecen vacantes que los mejor calificados no toman....

En cuanto a aquellos que no fueron aceptados o no tuvieron calificaciones para optar al concurso, su destino es bajar sus pretensiones, buscar alguna alternativa técnica o comercial satisfactoria, emplearse o, si los medios se lo permiten, comprar el diario y dejarse seducir por alguno de los profusos avisos con que las novísimas y flamantes Academias, Institutos, Colegios, etc., ofrecen su mercadería de pacotilla para los desesperados.

Esta gran Marathon anual de la juventud estudiosa chilena revela

una dolorosa realidad educacional, que es el preciso tema o motivo de este comentario. A continuación de "La prueba" vienen los aspavientos, y recriminaciones, que no por repetidos año a año, dejan de producir escozor, zozobra y una sensación de impotencia o amarga resignación en los chilenos que hasta ahora habían creído que las cosas no eran así.

Las pruebas revelan que, con excepciones, los alumnos dejan la escuela media mal formados, mal preparados y sabiendo poco de materias fundamentales, no sólo para la buena prosecución de sus estudios superiores, sino para su comprensión del mundo en que van a vivir y para la cultura que deberían poseer dada su futura calidad de profesionales de elevada categoría.

No sobra meditar en los efectos sociales y personales que esta experiencia acumulada de tantos años y por tantos individuos frustrados y profesionales descontentos por el resto de sus vidas debe tener en el sentir y la moral del país. Presenta, además, todos los caracteres de un serio problema nacional, que pone en evidencia, dolorosamente, no que nuestra juventud sea inferior o congénitamente incapaz de aprender a ser y a pensar, sino que la educación que el país le ofrece sufre de graves deficiencias que impiden a quien la sigue obtener de ella todo lo que su capacidad latente, debidamente estimulada y guiada, le haría capaz de dar.

Preocupa también, a la opinión pública, la pobreza cultural del chileno, evidenciada por múltiples manifestaciones que no es preciso hacer explícitas en esta oportunidad, y no faltan iniciativas de todo orden y nivel destinadas a paliarla o remediarla. Buenas intenciones, pero tardías e inútiles, porque no podrán jamás reparar lo que sólo la educación adecuada y en la edad en que es eficaz, puede conseguir derechamente y sin gran esfuerzo. Un joven que no ha alcanzado antes de los 20 años una satisfactoria formación, variado saber y los fundamentos de su cultura, difícilmente lo logrará en los años posteriores; porque su capacidad no será ya la misma y porque sus estudios o su trabajo distraerán sus esfuerzos y ocuparán su tiempo.

Debemos suponer que los 120 mil jóvenes que anualmente terminan sus estudios medios y aspiran a ingresar a las Universidades son los más empeñosos y capaces; también los más cultos y preparados que

nuestra educación es capaz de producir. Si una proporción tan alta de este grupo selecto presenta las graves carencias que revelan las pruebas a que nos hemos referido, fácil es colegir el bajo nivel medio cultural de la población en general e imaginar las serias consecuencias que este raquitismo del saber y la cultura, revelado, repetimos, por los mejores, representa para el país.

No creemos necesario aclarar lo que entendemos por cultura. Nos atenemos, en todo caso, a la tercera acepción que le da el Diccionario de la Real Academia: "Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre", que es muy semejante a la del Durvan: "Efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse y desarrollarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre". No sobra agregar que damos al término "conocimientos" humanos su sentido actual, que incorpora el de las artes y las ciencias.

Buscando un chivo expiatorio, se ha pretendido encontrarlo en la enseñanza media. La imputación, sin embargo, no es del todo justa. La enseñanza media chilena es hoy, por efecto de los innumerables cambios, reformas y modernizaciones que la han desvirtuado y castrado a lo largo de su historia, la etapa más descuidada y corta del proceso. Recibe, además, de la que la precede, un producto mal formado o deformado que no puede ni logra reparar en plazo tan exiguo y con los escasos medios de que dispone.

Nadie podría exonerar de alguna culpa a la enseñanza media. Pero si hemos de ser justos, tenemos que reconocer que acompañándola en el banquillo deberíamos colocar a todo el sistema educacional, comenzando por el básico o fundamental que la precede.

La enseñanza en nuestras escuelas básicas, que en una atinada reforma fue enriquecida con el agregado de dos años a los seis que antes tenía, no ha experimentado en sus sistemas ni en sus métodos pedagógicos, las mejoras que serían deseables para acomodarla a las necesidades del hombre de esta época.

Tampoco ofrece, en medida deseable, la diversidad que precisa una población variada, heterogénea en sus medios, su situación, sus necesidades y sus intereses: lo cual significa que, so capa de enseñanza

democrática e igualitaria, todos han de pasar por la misma criba, les venga o no les venga.

Desde el punto de vista metodológico, la enseñanza es pobre, pasiva, memorista, y muy poco estimulante de una actitud activa y creativa, en el trabajo, el estudio y el saber. No logra interesar, entretener ni atraer al niño; no lo enseña a pensar, a razonar, a ser responsable; no le desarrolla el sentido crítico ni exalta su imaginación, su iniciativa o su curiosidad. A lo largo de sus estudios el niño se convierte en un ser receptivo que descansa en el profesor; que no duda ni pregunta; que no sabe expresarse; que no comprende cabalmente lo que lee; que no conoce lo que es consultar una biblioteca o comprobar por sí mismo algún fenómeno. No ha recibido, en resumen, una adecuada formación ni una conveniente preparación para proseguir estudios en un nivel más alto, más personal y más exigente.

Estas carencias formativas agravan las que por su parte presenta la escuela media, cuyo papel, obviamente, no es ya formar, sino conducir a ese elemento capacitado y básicamente formado, por la senda del conocimiento literario y científico, elemental, amplio y general.

La actual educación media ha sido recortada en dos años, esto es, reducida a cuatro que, por la edad de los estudiantes que la reciben, son los más significativos de su proceso de aprendizaje y madurez cultural. A esta brevedad se agregan defectos que le restan eficacia: los métodos docentes siguen siendo, en mayor o menor medida, los mismos no participativos de la escuela básica.

Faltan bibliotecas, buenos textos de estudio, laboratorios; los cursos son excesivamente numerosos, los planes recargados y los programas de tal manera ambiciosos que por lo general no alcanzan a cumplirse con la calma que precisarían para ser satisfactoriamente asimilados.

A esto se han de agregar los colegios masivos que trabajan en dos jornadas y dejan al alumno medio día libre para perder el tiempo, los profesores que se ven obligados a acumular horas de clase para poder vivir, sacrificando la calidad de su trabajo o su permanente preparación, el desprecio con que se trata a los estudiantes y la amenaza de expulsión que se cierne sobre ellos por cualquier falta insignificante,

como si el porvenir y la educación de ese muchacho no importaran y fuera un bien del cual el país puede prescindir impunemente.

Es grave que en una comunidad en desarrollo, que necesita tanto de individuos capacitados, la educación no trate de conservar a quienes acuden a ella, sino que, por el contrario, los elimine en un barrido que seguramente arrastra tanto lo malo como mucho bueno y recuperable.

Persiste entre nosotros la indefinición de los objetivos y de lo que es o pretende ser la enseñanza media. De ella derivan confusiones y malentendidos que comprometen su eficacia y que explican, en grandísima medida, los deplorables resultados que motivan este comentario.

Porque debe servir las variadas vocaciones, individualidades y necesidades, el sistema educacional debería ofrecer a lo largo de su curso alternativas y oportunidades que permitieran a los individuos utilizar sus talentos, escoger y encontrar su destino. Estas "salidas" de la corriente central del proceso educativo hacia otras enseñanzas vocacionales o profesionales deben escalonarse en momento oportuno a lo largo del proceso; la última y definitiva es el paso, eventual, hacia la enseñanza superior, universitaria o no universitaria.

La escuela media constituye así, el tronco, el eje del sistema. Su definición y objetivo son preparar al hombre y darle las bases culturales y el saber que le permitan serlo cabalmente, cualquiera que sea el destino que se haya trazado como definitivo. No es, en consecuencia, la escuela media un propedéutico de la Universidad o una preparación para estudios posteriores específicos. Es un período de madurez y preparación del individuo, destinado a ilustrarlo, formarlo y cultivarlo en todos los saberes que debe conocer el hombre moderno que aspira a los más altos destinos. Que esta formación sea al mismo tiempo básica para estudios posteriores, cualesquiera que ellos sean, es otra cosa.

Este preciso punto es una vieja querrela que nunca se ha decidido, entre los que querrían una escuela media clásica, de estudios humanísticos y científicos encaminados a la formación cultural del individuo, y los que, con afán eminentemente pragmático, no valoran la formación cultural, e, invocando urgentes necesidades del individuo

y del país, querrían sacrificarla para ofrecer en su lugar un aprendizaje de técnicas, destrezas o saberes que permitieran a los egresados entrar al campo de los empleos, el comercio, la agricultura, la industria, los servicios u otros quehaceres de ese rango o nivel.

Estas discusiones se iniciaron ya a mediados del siglo pasado, cuando comenzó a configurarse nuestra enseñanza secundaria.

En 1833, cuando nació la enseñanza médica y en 1842 cuando se creó la Universidad de Chile, existía en el país sólo un esbozo de enseñanza secundaria. Los jóvenes que optaban a los cursos profesionales que ofrecía el Instituto Nacional, lograban la precaria preparación que los capacitaba para tal intento, mediante estudios generales cursados en el Instituto mismo o en algún Colegio privado. Fueron los profesores del curso médico los que primero detectaron la falta, y tras larga gestión lograron definir su necesidad y obtener que fuera satisfecha por medio de estudios humanísticos regulares y programados. A ello se agregó, posteriormente, la exigencia del Bachillerato en Humanidades como requisito universal para el ingreso a los estudios superiores.

Pero la definición de lo que se pretendía con la enseñanza secundaria y sus planes y programas siguió siendo un asunto abierto al debate y a la controversia ideológica, política y religiosa.

Como un botón de muestra de lo que ya preocupaba a algunos de nuestros hombres, he aquí un párrafo de un artículo de don José Victorino Lastarria (Libertad Electoral, Noviembre, 1886): “De consiguiente no debemos pretender incluir en los planes de enseñanza general ramos de las artes especiales y de las ciencias concretas. Como arriba queda dicho, debemos reservar estos estudios para los cursos profesionales de la Universidad o para los cursos especiales de las escuelas técnicas. *La enseñanza general de nuestras escuelas y de nuestros liceos debe limitarse a las ciencias abstractas y a las artes generales, las cuales no educan nuestras facultades para carrera alguna, pero nutren nuestro espíritu de un saber sólido y dan una preparación indispensable para emprender con provecho los estudios concretos, especiales o técnicos de cualquier arte, profesión u oficio*”. (El subrayado es de I.G.).

Aun cuando, finalmente, la enseñanza en los colegios secundarios (Liceos) se mantuvo fiel a estos justos objetivos por más de medio

siglo, sus enemigos utilitarios no fueron vencidos, y periódicamente reanudan sus intentos de cambiarla o reformarla, con los mismos pretextos de antaño: capacitar a los jóvenes para entrar de inmediato al campo del trabajo y a ganarse la vida.<sup>3</sup>

Curiosamente, quienes así piensan, se ensañan contra la enseñanza media humanista y científica, sin detenerse a considerar el papel importantísimo que tiene o debería tener, superando sus defectos, en la formación de la tenue "élite" cultural de nuestro país, en la preparación básica de nuestros profesionales universitarios y en la de todos los chilenos de la clase culta. Tampoco se detienen a pensar que si bien existe en Chile aquella necesidad, lo justo y equitativo no es quitarles la escuela que ofrece a quienes desean adquirirla una cultura que sirva de fundamento a sus posteriores estudios o actividades, sino crear paralelamente a ésta, otra u otras con clara y definitiva orientación hacia la preparación elemental en el comercio, los empleos, los servicios, etc., para aquellos jóvenes que se satisfagan con la instrucción pragmática sin recargo de cursos o ramos científicos, literarios o humanistas.

Para llenar una necesidad que nadie discute, no es indispensable destruir lo que está hecho y sólo precisa reformas que lo mejoren, pero no que lo transformen en una escuela inapta para uno y otro fin.

La enseñanza media es, incuestionablemente, la columna vertebral de la educación de un país. Y en el mundo actual, tan complejo y exigente, tan adelantado en las letras, las ciencias, la técnica y el saber, tan informado, lo es más todavía, porque el hombre de hoy, así como dominar un oficio, un arte, una profesión o un saber, necesita comprender y conocer el mundo en que vive, ser capaz de interpretarlo, de servirlo y de participar en él y en sus problemas con pleno dominio de lo que se trata.

Estas exigencias no las puede satisfacer cabalmente quien no posea la formación, el desarrollo cerebral y cultural y la información científica que sólo puede proporcionar una escuela media sólida, activa y adecuadamente programada. Tal escuela recibe al joven en la etapa más rica, activa, plástica y receptiva de su vida. Una etapa que no se prolonga a voluntad ni se repite, un período de enorme metabolismo cerebral, de asimilación, de maduración del saber y la personalidad.

No cabe desperdiciarla, so pena de comprometer el futuro de las generaciones y de desarticular el andamiaje cultural y aún el económico de la nación.

La reducción de los años de la escuela media a cuatro está poniendo un serio interrogante sobre el futuro de nuestra cultura. Si a esta reducción, de por sí grave, como se puede colegir de los resultados de las pruebas para el ingreso a la Universidad, se agregan las tendencias actuales a simplificarla, a hacerla pragmática, a reemplazar cursos culturales y ramos científicos importantes por actividades que en otros países se ofrecen como extracurriculares, y se la "empobrece" con estudios semiprofesionales para que el joven que no tiene o no logre entrar a la Universidad pueda sin mayores estudios ganarse la vida, el asunto toma caracteres de extraordinaria seriedad.

No es fácil aceptar, así como así, que mientras el hombre actual debe saber más y más para caminar con el mundo y comprender y seguir los adelantos y los cambios, el hombre chileno deba retroceder en su saber, su cultura y su información y marchar a la zaga, conformándose con vivir de prestado.

Justo es, también, meditar en la escuálida preparación para el trabajo que puede adquirir un joven o una joven con el cóctel de especialidades o barnices técnicos que se pretende suministrarle en la actual escuela media.

Los países europeos, más sabios que nosotros, han conservado, pese a exigencias que podrían haberlos movido en otro sentido, la tradicional escuela media o secundaria de seis años. Algunos, como Alemania y Francia, han agregado a éstos por el contrario, un séptimo año exigible para el acceso a estudios superiores que requieran una formación más acabada cultural y científica.

Las Universidades europeas, por otra parte, conservan como su facultad central fundamental, la de Estudios Generales (Arts and Science, Liberal Arts, etc.) en donde quienes no aspiren a una profesión determinada sino a una mayor cultura o saber científico o letrado, puedan cultivarlo en nivel elevado.

Los Estados Unidos han conservado su escuela media tradicional de cuatro años (High School) que es hoy allí universal; y han creado para quienes deseen mejorar su preparación científica, humanista y cultu-



ral como fin en sí, o para prepararse mejor para optar a las escuelas profesionales, el *College*, que es la base o puerta de entrada de la Universidad. En cuatro o más años, el *College* conduce al Bachillerato en Humanidades, Ciencias o Artes (B.A., B.Sc., etc.) y luego de estudios más avanzados, al *Master* o el Doctorado (Ph.D). El Bachillerato da patente de saber y cultura y es el título que lucen los hombres públicos e importantes del país.

También califica para la docencia en el nivel medio, así como el Doctorado lo hace para el nivel superior. En el *College*, finalmente, los jóvenes que aspiran a alguna carrera, ganan en estudios optativos, los créditos que les permiten concursar en la correspondiente selección de ingreso.

El *College* norteamericano corresponde, en consecuencia, a la Facultad o Escuela de Estudios Generales o de Artes y Ciencias de las Universidades europeas.

En nuestro país, desafortunadamente, la tendencia ha sido minimizar, en una u otra forma, la enseñanza general humanista y científica, so capa de ser elitista o so pretexto de una improbable prioridad de la enseñanza práctica. Ya se vio y se está viendo en relación con la enseñanza media. Pero también ha acontecido con la enseñanza superior que entre nosotros no es cultural como la europea, sino profesional.

Este afán practicista ha deformado, también, la visión de los propios alumnos que aspiran a la Universidad: no los inquieta su cultura, sino su capacitación para el ingreso a la Universidad.

Dice el distinguido educador Dr. Roberto Munizaga (*La Facultad de Filosofía y la Evolución Pedagógica*, 1943): "Tempranamente, pues, nuestra enseñanza segunda, colegial o preparatoria que así entonces se llamaba —tiende a ubicarse como simple vestíbulo de la Universidad. Eso sí que esta condición subordinada de la segunda enseñanza, que en Europa se vinculaba a la formación de una clase media cultísima, transferida a las modalidades de nuestro ambiente bárbaro, destituido de todo afán de superación intelectual, dará origen a una situación contradictoria —llena de confusiones— en que continuarán operando ancestrales fuentes de inercia. Lo que a los jóvenes y padres de familia les interesa en ese momento es la rápida conquista de un

título profesional, por lo que se muestran impermeables a las necesidades de una cultura, sea ésta de índole literaria o científica, y desacreditarán la una, porque de nada sirve para formar ingenieros o médicos, y combatirán la otra, porque de nada sirve a los abogados conocer aleaciones químicas o estarse familiarizando 'con triángulos y metaloides' ”.

Y agrega: “Tempranamente se plantearía entre nosotros este problema del significado de la educación secundaria en su relación con el sistema total de la enseñanza y se advertiría, por una parte, la tendencia de los alumnos, de las familias... a hacerla simplemente preparatoria de la Universidad, y, por otra parte, el esfuerzo heroico de los grandes maestros civilizadores —Bello, Domeyko y los Amunátegui— por imponerle un sentido propio”. Ya en 1854, Bello se quejaba aludiendo a la instrucción segunda o colegial de que “se miran generalmente los ramos que forman esta especie de instrucción como meramente preparatorios de las carreras profesionales, es decir, se consideran como un medio, no como un fin importante en sí mismo. De esta general preocupación nacen graves inconvenientes para el incremento de la civilización intelectual”.

Y agrega Munizaga: “Nada tiene de extraño que las humanidades latinas se transformaran rápidamente entre nosotros en un superformalismo retórico y gramatical”.

En 1842, D. Andrés Bello pensó la Universidad de Chile como una Academia, una Contraloría y una Superintendencia Educacional. No le asignó función educacional activa alguna, probablemente porque dejó este asunto para más tarde.

En la década del 70, D. Ignacio Domeyko, sucesor de Bello en la rectoría, que era un científico-práctico, integró en la Universidad los cursos superiores del Instituto y los asignó o entregó a las Facultades, de acuerdo con sus afinidades. Para su desconcierto, no encontró un curso o escuela que encomendar a la Facultad de Filosofía. Le encargó entonces, sucesivamente, la supervigilancia de las escuelas primarias, secundarias, el estudio de los planes y programas de ellas y otras materias que luego perdieron actualidad; y la Facultad languideció. Sólo revivió, en cierta forma, cuando dos décadas después se creó el Instituto Pedagógico y la filosofía encontró en él su destino como

Facultad de Filosofía y Educación. Pero la filosofía en vez de ser una especulación intelectual de alto vuelo, se profesionalizó en un conocimiento instrumental retórico al servicio de una enseñanza.

Esta facultad debió ser el núcleo de una de Estudios Generales o Artes Liberales que habrían dado al plantel su carácter o sentido genuinamente universal, académico, científico y universitario. Consumó el Rector Domeyko la profesionalización y selló el destino de la Universidad. Como ha dicho D. Francisco Galdames: "Con arreglo a la Ley de 1879, la Universidad fue, pues, casi exclusivamente un conjunto de Escuelas de carácter científico y técnico, preparatorias para el ejercicio de las profesiones que requieren estudios prolongados". Por su parte, Bello ya había reconocido el peligro: "Nuestra juventud, la que entra en los colegios, lleva puesta la mira en la adquisición de los conocimientos superiores necesarios para el ejercicio de una profesión peculiar: la del foro en la mayoría de los casos; la eclesiástica, médica o de agrimensor en otros. *Pero pocos, poquísimos, frecuentan las aulas con el sólo objeto de dar al entendimiento aquel cultivo indispensable de que, en una sociedad adelantada no debe carecer ningún individuo que no pertenezca a las ínfimas clases.*

Lo que en cierta forma suple esta falta es el gran número de los que, habiéndose iniciado en los estudios... los abandonan y llevan a sus destinos subalternos aquel caudal de luces que han podido adquirir en su infructuosa tentativa".

El error del ilustre Domeyko, producto probablemente de las premiosas necesidades profesionales prácticas que veía en la vida chilena, ayuda a explicar el relativo menosprecio en que se ha tenido y mantenido en Chile al saber intelectual o teórico-especulativo, el descuido de su enseñanza so capa de que "no da para comer", la vulgaridad e inconsistencia de la vida chilena, el bajo nivel cultural de que da evidentes muestras nuestra gente y el silencio indiferente que se ha guardado frente al despojo de dos preciosos años en el sector más importante y significativo de la educación del chileno.

A esta altura de nuestro razonamiento cabe una pregunta: si la Escuela Secundaria o Media no prepara o no alcanza a preparar o formar en sus cuatro años de duración individuos debidamente impregnados en la cultura de su tiempo, proporcionándoles sólidas bases

que les permitan acrecentarla y enriquecerla posteriormente por su propio esfuerzo, y la Universidad sólo les ofrece estudios estrictamente técnico-profesionales. ¿adónde se acoge el joven que desea una formación más acabada o más sólida previa a la profesional, o el otro que desea cultivarse para ser un letrado, un filósofo, un humanista, un investigador o un científico?

La ausencia de estudios superiores no profesionalizados, científicos o humanistas obliga a muchos chilenos a hacer grandes e innecesarios rodeos para conseguir lo que en otras partes se logra mejor y más directamente en las Facultades o Colleges a que nos acabamos de referir. Cómo se forma en Chile un biólogo: estudia medicina, luego olvida ésta y se dedica a la biología; cosa parecida sucede con quien desea ser histólogo, anatomista o fisiólogo. Si desea ser un químico, recorre la medicina o la farmacia; si un físico o un matemático, la ingeniería; si un filósofo o un historiador o le gustan las letras ha de estudiar pedagogía... Es decir —repetimos— un largo y costoso camino en donde esas ciencias o disciplinas no se enseñan como tales, sino con carácter "instrumental" para los objetivos prácticos de una profesión que el candidato tiene que aprender y luego olvidar.

La Universidad medieval tuvo como fundamento y base el trivium (gramática, retórica, dialéctica) y el quadrivium (aritmética, música, geometría, astronomía). Eran "las siete artes liberales" fundamentos de la cultura de entonces. Aun cuando constituían un fin para quien perseguía el saber ilustrado, eran también la base del saber docente y el prerrequisito para lo que podríamos llamar los estudios profesionales de entonces: las leyes, la teología, la medicina.

La Universidad europea posterior conservó como núcleo central esta enseñanza general como ya se ha adelantado. Las norteamericanas mantuvieron el esquema llamándolo College y atribuyéndole tal importancia central y fundamental que las escuelas profesionales pasan a depender en cierta forma de él, como los jugadores del equipo miran y siguen al capitán.

Los B.A., B.Sc., etc., que lucen orgullosos los hombres públicos norteamericanos; son obtenidos en los Colleges de las más famosas Universidades. Los Ph.D., Sc.D., etc., que rubrican la fama de los

científicos, son obtenidos en estudios doctorales de postgrado en ciencias, artes o letras, en el College.

¡Los 4 precarios años de estudios medios o secundarios, humanísticos y científicos, pasivos y librescos, bastante descalabrados que ofrece como única alternativa cultural nuestra actual educación, hacen tristísimo papel frente a las Facultades y Colleges del mundo culto y desarrollado!

La falta de este eslabón de estudios generales superiores, finales o intermedios entre la enseñanza media y la profesional, es gravísima omisión en nuestro esquema y da razón a las críticas que con tanta frecuencia se hacen a nuestros profesionales de ser buenos técnicos y especialistas, pero no siempre hombres cultos. Explica, también, la reconocida falta de individuos cultos o científicos de alto vuelo en nuestro medio. Los hay, a no dudarlo, pero no son el producto de nuestros centros de saber, sino individuos de excepcional capacidad y tesón que han tomado en el extranjero lo que la educación chilena les niega o no es capaz de brindarles.

En el mundo de hoy el saber ya no es un lujo o un derecho o una oportunidad fortuita; es un deber, un imperativo vital que se impone no sólo a los individuos como condición para ser y sobrevivir honorablemente, sino también a las comunidades y a los países como condición de su libertad, de su progreso, de su riqueza y de su desarrollo.

Saber en todos los campos y disciplinas y en todos los niveles y estratos, sin primicias ni jerarquías ni privilegios. No es justo ni patriota descuidar alguno, so pretexto de mejorar otro para servir intenciones de dudosa finalidad. No se hace patria con ignorantes que sólo saben manejar la computadora o que no tienen otra meta en la vida que la ganancia, el negocio, la especulación o el lucro.

Los cambios o los ensayos inconsultos en educación tienen efectos retardados que sólo se hacen evidentes cuando han lesionado gravemente el porvenir de varias generaciones.

Al descuidar la enseñanza general culta, de las ciencias, las artes y las letras en nivel medio y olvidar el superior, hemos incubado la incultura, la mediocridad cultural que nos inunda. Debemos reparar el dique antes que las aguas nos arrastren.

P.S.:

Escrito lo precedente y puesto en limpio, el autor tuvo el placer de leer en "El Mercurio" del día miércoles 20 de julio, la muy fundada y respetable crítica que hacen las más altas instituciones científicas del país a las reformas y cambios que en el Decreto Exento N° 300 de fecha 30 de diciembre de 1981 del Ministerio de Educación se disponen para los planes y programas de estudio de la enseñanza media.

Resulta grato coincidir con las personalidades que firman esta declaración en sus apreciaciones y en sus objetivos, que no son otros que salvar de un grave daño la enseñanza de las ciencias en nuestra escuela media. El autor apuntó a idéntico fin en defensa global de la enseñanza general de las ciencias, las artes y las letras, no sólo en la escuela media sino también, y con personalidad definida, en la Universidad.

Por razones fácilmente perdonables no ha modificado su escrito y ha preferido expresar su satisfacción y sus congratulaciones a las instituciones y a los autores de la declaración, en este sencillo post-scriptum.

Se congratula de esta tan distinguida como inesperada compañía, y hace votos porque nuestros argumentos y razones sean oídos, para bien de la educación y de la cultura del país.